

El lunes

Mateo 21.12-17; Marcos 11.12-19;
Lucas 19.45-48; Juan 12.20-50

«Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban [...] Y vinieron a él en el templo ciegos y cojos, y los sanó» (Mateo 21.12-14).

Jesús había llegado ahora a Jerusalén. Jamás sería «Hombre del año» en la portada de una revista, ni recibiría el Premio Nóbel de la Paz, ¡pero llegó a ser nuestro Salvador! Cabalgó sobre un asno (símbolo de paz); no sobre un caballo (símbolo de guerra). Desde los tiempos de Salomón, ningún rey había cabalgado sobre un asno para entrar en una ciudad (vea 1º Reyes 1.38).

La cuestión, como siempre, tenía que ver con la autoridad. Este día, el lunes, Jesús presentaría Sus credenciales.

JESÚS MALDIJO UNA HIGUERA

Jesús tenía hambre. Vio una higuera que tenía hojas, pero se decepcionó al no hallar fruto alguno. Maldijo este árbol para siempre (vea Mateo 21.18-22; Marcos 11.12-14, 20-26). Este no es el Jesús que la mayoría de nosotros ha creado en su mente. Esta acción, en esta oportunidad,

es uno de solamente dos milagros negativos (destruictivos) que Jesús realizó durante Su ministerio (vea Mateo 8.28–34). Hizo daño a la naturaleza, pero no a la humanidad. Estaba dando una lección ejemplarizante que los apóstoles debían aprender. Tenía que ver con el pecado del orgullo y el de la hipocresía. La higuera se jactaba de tener fruto. Pero no lo tenía. Los dirigentes judíos afirmaban ser de Dios. Pero no lo eran. Los judíos debían haber aprendido la lección de la humildad por haber sido llamados por Dios. En lugar de esto, se creían superiores e invencibles.

Pedro se asombró de la repentina muerte de aquella higuera. ¿Por qué? Los apóstoles habían visto a Jesús andar sobre el agua, sanar a los enfermos y levantar a los muertos, ¡y todavía les causaba asombro ver marchitarse una higuera a una orden dada por Jesús!

JESÚS PURIFICÓ EL TEMPLO

Luego, Jesús fue al templo. Sin anunciarse, comenzó a enseñar. Además, sanaba a los ciegos y a los cojos (vea Mateo 21.12–15; Marcos 11.15–19; Lucas 19.45–48). Los principales sacerdotes y los escribas veían las maravillas que Él hacía (Mateo 21.15) y sin duda debieron haberse percatado de la Deidad de Él.

El área del templo había de ser reverenciada, ¡pero estaba siendo ultrajada! La gente la estaba usando como atajo para pasar por Jerusalén, la estaban usando como lugar para ejercitar la avaricia y la codicia.

Los judíos tenían que pagar el impuesto del templo con siclos hebreos. Los que venían a Jerusalén tenían que convertir sus denarios romanos o dracmas griegos en siclos del templo para poder pagar el impuesto. Los cambistas de dinero cobraban una exorbitante comisión

por cambiar el dinero de los adoradores.

Cuando purificó el templo, Jesús no atacó a los hombres, sino que los echó de allí. Puso otra vez en orden el mobiliario. Citó la Biblia, diciendo: «Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (Mateo 21.13; vea Jeremías 7.11). Él no era un cobarde que se amedrentara. Era «hombre entre los hombres». No solo era fuerte físicamente, sino que también usaba poderosamente las Escrituras. Su discurso era incisivo y verdadero.

JESÚS CONTINUÓ SUS ENSEÑANZAS

En medio de todo esto, una delegación de griegos se presentó, con el deseo de ver a Jesús (Juan 12.20–50).¹ ¡Mientras los judíos procuraban matarlo, los griegos procuraban oírlo! Felipe era el que siempre estaba llevando a alguien a Jesús. Haciéndose acompañar de Andrés, se acercó a Jesús. Jesús sabía que «Su hora» había llegado, y a pesar de esto seguía enseñando profundas verdades. Enseñó que la semilla debía morir para vivir y que aquellos que amaran su vida la perderían (Juan 12.21–26).

Luego Jesús dijo, en presencia de los demás que se habían reunido: «Padre, glorifica tu nombre». Por tercera vez en Su vida, habló una voz del cielo (Juan 12.28). Para algunos sonó como un trueno, pero para Jesús fue un anuncio de victoria. Satanás estaba a punto de ser echado por la muerte de Él. Jesús declaró en este momento: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12.32).

¹ Los comentaristas no coinciden en cuando al día en que se dio este discurso, si fue lunes o martes. El es el único evento que se consigna en el evangelio de Juan, de lo ocurrido entre la Entrada Triunfal del domingo y la Última Cena del viernes.

A pesar de esta gloriosa enseñanza que fue acompañada de un poderoso milagro, los dirigentes religiosos rehusaron creer. Juan concluyó con estas palabras: «... amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios» (Juan 12.42-43).

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados